

destino después de haber dictaminado, salió del taller, llevándose la luz y los consuelos.

.....
 Marco Fortis se dejó caer en la otomana, se llevó las manos al rostro y sollozó.



CAPÍTULO QUINTO

I



así nos había llegado á España, hacía unos meses, Marco Fortis, con una aureola de artista aventurero y nómada, de gran constructor, de gran innovador, de gran mantenedor de los destinos de la Raza.

La solicitud de la incomprensible Embajadora iba sembrando su camino de flores, desde lejos, Las embajadas operaron. La de Italia, dióle, en Madrid, una fiesta, agrupando en torno al hijo errante, cuantos nombres tenían algún prestigio como representantes de la nobleza de la sangre ó del cerebro.

Los periódicos, hábilmente manejados por manos expertas, describieron en

distintas ocasiones con prolija abundancia de detalles, la misión sobrenacional con que venía á España el Arquitecto. Resucitáronse viejas declamaciones sobre la unión de todos los pueblos latinos, en una iniciativa común y soberana, parabolóse en grande y, aunque, á decir verdad, no pasó de una reducida minoría la que siguió con interés el ruido aquel, Marco Fortis pudo beber á grandes sorbos, en un soberano deliquio de apoteosis, el vino de la vanidad, dulce á los italianos, dorado por el sol de España.

Recorrió con avidez curiosa la península. De cuando en cuando recogía en los hoteles, en los oscuros paraderos de provincia, en los sitios más inverosímiles y cuando menos lo esperaba, cartas á su nombre, donde una mano vigorosa y dura, había escrito en recios trazos: «No olvidar la obra. El tiempo pasa, criatura del Imperio». Y más abajo: «No me escriba V.; no quiero saber nada de usted: viva, trabaje».

II

Estas cartas solían dejar malhumorado á Marco Fortis.

Poco á poco fué derivando de ellas, en la conciencia del artista, un estado luminoso y clarísimo.

Había leído, una tarde, en el patio de los Naranjos, en Córdoba, unas páginas de la acaramelada España del bien intencionado D'Amicis... Unos muchachuelos brunos, dorados, armoniosos en su complexión de estatuas proporcionadas y enanas, jugaban cerca de él... Mujeres acudían á la fuente, con rosas y claveles en el pelo. Mediaba mayo.

El calor del día se evaporaba crepitando, suavemente, en el deliquio crepuscular.

Del alma del artista en aquella inmensa paz que rayaban risas infantiles y charla de mujeres, se desprendían también, como evaporándose, las nieblas de su vida, las oscuridades, los prejuicios, los alambicados artificios, que la corrupción, la vejez de las razas, la intelectualidad aridísima, el arte y la labor enjuta habían depositado sobre su armazón humana.

Siete meses llevaba el artista, en vacación de toda práctica intelectual recorriendo un dulce país semi-salvaje.

Aplicóse, con tenacidad, desde el primer momento, al estudio de nuestra lengua. Y fué hada bienhechora la gramática, sumiéndole en un estado de beata inconsciencia y trayéndole, como á los niños, con la novedad de las palabras, un poco de la novedad perpétua

de las cosas, espléndido tributo que en el espacio brevísimo de aquellos pocos meses, le había servido para hacer la revisión total del mundo y de las ideas generales.

Nació en él un hombre nuevo.

Y el artista se sentía tan bien en aquella novedad radiante y expresiva, que no hubiera querido, por nada del mundo, salir de su estado de beatitud y formación.

Desgraciadamente, las órdenes imperiosas de la Embajadora eran como la argolla de oro que venía á morderle los tobillos, recordándole, en las libertades de su nueva iniciación humana, la cárcel de su destino irrevocable.

Y haciendo aquella tarde una ilación de imágenes, como lo pedían su idiosincrasia de artista, y la viva influencia fantástica del sitio en que se hallaba, el Constructor vió claro.

III

Sí; vió claro en su destino. Vió claro en las dulzuras y en las crueldades de esfinge de Mónica Poldo. Vió claro en aquellas órdenes breves, conminantes, intolerables. Vió claro en su última noche veneciana: en aquella noche cuya descomposición ilógica, llevaba todavía dentro de su alma como una pesadilla.

¿Hay alguna lectora, entre las que la casualidad nos depare, aficionada por curiosidad un poco natural y un poco malsana, á penetrar en las inextricables malezas de una alma compleja y masculina? Yo la invito respetuosamente á no pasar de largo por estas páginas sinceras. Yo la insto á hacer prosélitos entre las de su sexo, á esta lectora privilegiada y curiosa.

Se quejan con frecuencia las mujeres del abandono en que las tienen sus hermanos, sus maridos, sus amantes. Pero, por otra parte las mujeres suelen ser simplistas y poco pacientes. Tienen formada del hombre una idea convencional y no le siguen fuera de ella. Condenan lo que sale de su círculo comprensivo y no saben que la mayor parte de las veces, pierden lo mejor, privándose de aquello.

Es extraño en vosotras, dulcísimas mujeres, porque yo os he visto muchas veces, en tardes luminosas, comiendo una naranja, aplicar los labios excitados y golosos al zumo que resbala por los dedos y por la muñeca, despreciando, por menos dulce y menos sabrosa, la pulpa y carnadura.

El hombre será vuestro del todo, cuando le conozcáis del todo: no os asusten las complicaciones, las sinuosidades del alma, los laberintos oscuros de su con-

ciencia: hay luz en vuestros ojos para andar á seguras, por los sitios más horribles.

IV

Marco Fortis pensó, aquella tarde:

«Grave tragedia la nuestra, Mónica Poldo, porque no tiene desenlace. Hemos pecado. Hemos llevado nuestras almas, por caminos tortuosos y violentos, á un sitio de martirio eterno, porque allí no puede entrar el amor para unir las y redimir las... ¡El amor!... ¿qué sitio le hemos reservado, qué facultad guarda su lámpara, qué potencia mantiene sus aras en nuestro espíritu y en nuestra vida?... ¡Triste Mónica Poldo!... ¡triste deformación de un alma grande, criatura de hoy, mujer sin lágrimas!... ¿Y es esta nuestra obra?... Veo en tí el ápice culminante y doloroso de la tragedia actual, Mónica Poldo. Todo tiene sitio en nuestras almas: toda energía la hemos llevado al extremo de su potencialidad, toda fuerza se ha hecho una arma poderosa en nuestras manos. El hombre, casi Dios, se yergue complejo sobre la tierra, reduciendo sus misterios, arrancándole sus tributos violentamente, para decorar su alcázar imperial. Hemos triplicado la velocidad de nuestro destino. Una pasión insaciable

de dominio nos ha encendido las entrañas, volatilizándolo su fervor humano.

La vida moderna ha escrito su cifra en la página del tiempo mezclando cosas fútiles y cosas descomunales, todas llevadas al ápice de su potencia: velocidad, internacionalismo; aviación, imperio, radio, anarquía... ¡Mascarada siniestra!... ¡Ensayos de divinidad humana, sobre un fondo de crímenes y sangre!

Mónica Poldo, tú, que eres de hoy, ¿estás contenta?... La ansiedad, la fiebre, la insaciable velocidad necesaria ha quitado los estorbos. Los sexos, en una orgía inversa, en una represalia indomable del amor, han lanzado un grito de pánico, muriendo... ¿Qué horror es éste?...

«Hagamos nuestra personalidad...»
«Levantémonos sobre los demás:» «armémonos del látigo para encontrarnos con mujeres...» Estas incongruencias satánicas han sido el aborto de una civilización demasiado vieja, demasiado gastada, para llegar al parto feliz de lo futuro.

Mónica... ¿crees que no te veo? ¿qué no te entiendo?... ¿qué no te odio?... ¿qué no te compadezco?

V

«Yo, mejor que tú, porque soy hombre,—¡hombre!—¡Qué dolorosa crispación tienen todas mis líneas de carica-

tura humana!— porque soy lo que llamamos un hombre, sé lo que ha hecho del amor la vida moderna.

Yo sé que no ha entrado en ella sino por los bajos del espléndido edificio. Yo sé que hacemos ciencia, que hacemos arte, que hacemos filosofía en las alturas y amamos en los sótanos, á duras prisas, con una brutalidad más refinada que nuestros antiguos, porque somos capaces de comprenderla y despreciarla.

Para simplificar la marcha del mundo, para apuntarnos doble cifra de velocidad,—quimera senil—hemos dado á la humanidad un patrón único.

Con la mano sobre mi corazón, juro que no he creído en el amor desde que vivo. Ni cuando á solas contigo en mi taller Mónica Poldo, mis ojos se velaban y mis labios murmuraban quejas infantiles, ni cuando lloré la noche aquella extraña de nuestra separación, creía en el amor.

¿Sabes lo que para nosotros quiere decir el amor? Carne... No pasa más allá de esta miseria el ansia de la moderna personalidad aislada y triunfante.

Mónica Poldo, jamás tu orgullo patrio pondrá en mis brazos esta trivial ofrenda de serrallo.

Y desde que hombres y mujeres, en la

sequedad cordial y furiosa de nuestra vida, no podemos hacer que nuestras almas se comuniquen por el amor, ha venido el ansia odiosa y tiránica de la moderna vida intelectual á darnos labios de vampiro, para asomarnos furiosos los unos á las almas de los otros, sustituyendo al mútuo sacrificio gracioso, la dominación ardiente y exclusiva; á la tributación sentimental, la ley del despojo ávido: al amor, el odio: á la paz de dos personalidades que se funden floreciendo, el ansia de una personalidad que aspira á imponerse.

Me pides obras: te ruborizarías del gesto de Ruth, bíblicamente dulce.

VI

«Yo soy como he salido, á duros golpes, en la lucha por la vida. Potente en las creaciones bárbaras y fieras, que me pide mi tiempo jadeante... Pobre, según tú dices, echándome en cara lo que es tu propia obra acaso, como un niño; ignorante y tímido, en la complejidad humana de mi alma, como un adolescente...»

Le he dado á mi sed de amor el pasto prematuro y trivial que la civilización puso en mis manos: la prostitución desenfrenada, alternando con la prostitución legal...

Todo esto queda tan lejos de mi alma que mi corazón es virgen y morirá con sed.

Tengo tanto miedo á estar me á solas con mi corazón que me odia, Mónica Poldo, que, en todas las ágrías circunstancias de mi vida, he bendecido esta carrera vertiginosa, característica de nuestro tiempo, que es la forma social de nuestra fiebre.

Viajes, círculos, juegos, congresos, problemas, campañas, fiestas, deportes, ascensiones, travesías, luchas, espectáculos, concursos, exposiciones, tráfico: el hombre busca al hombre huyendo de sí mismo, descontento; en el alarido de la aglutinación social hay el grito exasperado de una personalidad potente que trata de acabar con todas las demás: por este camino vamos á un punto de civilización tan definitiva que el último campeón del mundo en el record de la mundialidad, con la manivela de alguna máquina futura y prodigiosa aniquilará á toda la humanidad adversaria, nuevo Caín y nuevo César, matándose después en el cansancio, en el hastío, en el odio y en el asco de sí mismo».

VII

«Y tú, forma suprema y admirable de esta vida torturada, falsa; y yo su criatura, su víctima, su sacerdote, por

una fatalidad de las funestas circunstancias, nos hallamos frente á frente...

Tú debes amarme, Mónica Poldo, yo te habría amado si en mi corazón no fuera el amor una lámpara sin óleo.

Yo sufro tu *sugestión*, casi tu *hechizo*: recurro á todo el arsenal de teorías patológicas con que vamos limitando los modernos las operaciones del amor.

Tú te erijas en dueña mía, en soberana mía, en mi dictamen, en mi Imperio...

Has debido sufrir Mónica Poldo... En ocasiones debes haber maldecido, jadeante como las panteras en la arena del desierto, del complicado y genial constructor que sentaban á tu lado, en lugar del hombre, la ciencia, el arte y la modernidad.

Sí; ahora recuerdo alguna de estas maldiciones tuyas, Mónica Poldo, pantera en el desierto.

«Perdón, perdón, perdón—¿no sabes otra palabra que esta, miserable?»

No, Mónica Poldo, no sé otra: porque la misma ley de vida que nos dice trocando con todas las ansiedades de nuestro tiempo «dominio», nos dice, para garantizar y hacer posible este dominio mismo, «esclavitud».

Nuestra moral está entera en estas dos palabras: tiranos cuando nos dejan, esclavos cuando nos tiranizan. Y toda

nuestra despreciable vida espiritual es un flujo y reflujo de estas dos bellas querías.

Ni más soberbios déspotas, ni más bajos canallas que nosotros han existido nunca.

Hemos perdido la llave de oro de los milagros espirituales.

Hemos hecho el espíritu á imagen de la carne.

Mónica, te hastiaba mi sumisión y al mismo tiempo relampagueabas imponiéndola. Te contrariaba mi silencio y me habías tú misma cerrado los labios del alma.

¡Ah, Mónica Poldo, criatura desdichada!... ¿no era nuestra vida un encanto de modernidad?...

Teníamos, para los ratos de amor, tú, las corrupciones de una sociedad donde lo puede todo el oro; yo, la grasa Catalina que hechiza y hace sabio á Gabry. ¿Por qué has deseado más? ¿por qué yo mismo, casi á gritos, como un niño, perseguía fantasmas dulces?...

Dos sencillos boyerizos de la Etruria, en nuestro caso, la noche de nuestra despedida, habrían encontrado naturalmente el abrazo bucólico y eterno, que les habría llevado á fundir en el amor sus diferencias...

Pero nosotros... ¡estamos tan lejos de ese gesto atávico!...

Ni tú lograste inspirármelo; ni yo supe encerrar en él aquella lucha encarnizada y fraccionaria.

Tú necesitabas de una boca, donde, á todos los orgullos de tu estirpe, se unieran fuerzas para contentar largas generaciones de privación, de ausencia de amor y de maceramientos...

Yo, en los aguzamientos de mi supra-sensibilidad, me he vuelto insensible á la monda inexpressión del pobre gesto humano. Habría necesitado, para comprenderte, de un gesto alambicadamente impositivo y luminoso, en cuya significación tronaran, reunidas, todas las expresiones agudísimas que he puesto en todas las formas delicuescentes de mis obras y una expresión sintética y mayor en que cupieran todas.

Pero tú y yo solos, tú, mujer sola, yo, hombre apenas, perecimos, anegados en la inundación de nuestra vida cerebral.

Hiciste bien el día que decidiste separarme de tu lado, librarme de tu presencia, Mónica Poldo.

Tu instinto maternal, *única fuerza femenina que todavía sobrenada en el naufragio moderno de la feminidad*, te inspiró mi salvación.

Porque la espantosa tragedia que se estaba levantando entre nosotros, aunque tal vez la hubiera resuelto el beso de los boyerizos, por el camino que nos-

otros habíamos emprendido más allá del beso, no tenía solución.

O la tenía sangrienta.

Mónica Poldo, adiós!...»

VIII

Callaba el aire, en el patio de los Naranjos, después de este difícil soliloquio...

A Marco Fortis pareció entonces regresar de un viaje... La comparación no es exacta... El creía que, si alguna vez el Fausto legendario había tenido visceras en sus entrañas y carne de realidad sobre sus huesos, al encontrarse, después de su entrevista y del pacto fatal con Mefistófeles, joven y ya, sin ver á Margarita, enamorado de ella, debió experimentar una sensación exacta á la que á él, Marco Fortis, el Constructor, en el instante aquel, le dominaba.

IX

Salió á la calle... ¿no conocéis Córdoba?... No sabéis lo que es ausencia de fiebre, beatitud civil, encantamiento, áureo reposo, leyenda amortiguada de ciudad...

Para su fatalidad cuando, en aquella rara ingravidez de espíritu, tarde ya, en la noche, después de recorrer la vega, á caballo, penetraba en el patio, con claveles y agua, de su hotel, Marco

Fortis, viendo un sobre con su nombre, leyó en él estas líneas:

«El Mediterráneo espera tu obra. ¿Duermes?... Serás capaz, semi-dios odiado, de convertirte en hombre despreciable. Sería una infamia que no toleraré bajo mi Imperio.»

Por la primera vez le hicieron sonreír estos renglones... ¿Qué tienes, España, en tus gongorismos, de reposadamente sobrio y natural, que das en seguida el sentido de lo justo, de lo medido, de lo verdadero?...

La voz de Mónica Poldo sonaba á hueco en la dormida Córdoba.

X

Ignoramos porque última sumisión involuntaria de su espíritu hechizado, al día siguiente, Marco Fortis, como si obedeciera á la voz de su destino, y á pesar de sus sensatas reflexiones del Patio de los Naranjos, interrumpió su viaje y se trasladó al Mediterráneo.

Llevaría un mes recorriendo aquellas costas, cuando en una siesta, por un modo intempestivo, la casualidad puso aquella alma compleja en el camino de Agueda Pía...

Recordemos que los perros, como si presagiaran una desgracia, ladraron toda la noche desde el promontorio.



CAPÍTULO SEXTO

I

EN el cuarto de Agueda Pía, la ventanita de los cristales cuadrados y de los geranios, tiene por dentro unas cortinillas blancas, de tul, á pliegues, muy planchadas, muy huecas, como si más que un valladar al sol, fueran un juego maravilloso, una especie de espuma que hiciera la luz al chocar con los cristales bien bruñidos.

Esto dá al cuarto de Agueda Pía una semi-veladura de paz en el resplandor, muy en consonancia con las timideces, infinitamente sensibles de su alma.

Agueda Pía no tiene la costumbre de saborear, en esta hora de sol, la calma bienhechora de su cuarto.

Por el corredor ha golpeado la puerta del cuarto de Mamá Dolores, que, ahuecando los postigos verdes, debe dormir en paz su siesta habitual.

También Agueda Pía se disponía á su habitual descenso á «Las Termas».

Pero se ha detenido en el umbral mismo de la puerta.

¿Por qué?

Ha vuelto á su cuarto... Melancólicamente ha soltado el lazo liviano y grande del chal azul oscuro que, por una rara casualidad, se puso esta tarde á la cabeza.

Ha dejado su sombrilla blanca en un rincón.

Y, sobre su mesita enana donde se amontonan libros, ha buscado uno.

Finalmente, y después de un rato de vaguería muda, en que sus ojos grandes y negros tenían una mirada ausente, se ha sentado en un sillón de junco, con almohadones blancos y ha abierto su libro.

Es una vieja novela italiana... ¿Por qué, italiana?

En el lomo hay este título dulcísimo: «I promessi sposi».

II

Por el sendero que va del pueblo al Pico, los dos perros un poco impacien-

tes, como si notaran la tardanza de su dueña, triscan.

Y por el sendero también, en la cristalización meridiana de la luz, viniendo del pueblo, avanza Marco Fortis.

No ha vuelto á pensar en su encuentro de ayer.

Recuerda vagamente, al pasar por delante de la Casa Blanca, la blanda majestad de aparición con que le sorprendió en «Las Termas» —debía ser ayer, debía ser á estas horas— la mansa figura de Agueda Pía.

Tal vez por esto, Marco Fortis aviva un poco el paso.

Pero los dos canes, como si cumplieran en ello una consigna, se han puesto en el centro del sendero, tienden rigidamente las patas delanteras, como afianzándose para un ataque, y, furiosamente, ladran al extraño, cerrándole el camino.

III

En su sillón de juncos Agueda Pía, cerrando el libro, piensa:

—Despertarán los perros á Mamá Dolores...

Y se ha levantado.

Iba á salir; pero se dice:

—Ladrarán al forastero de ayer... No salgo.

Efectivamente, vuelve á ganar su cuartito y su mano blanca sube á la altura de su pelo negro, en un gesto consuetudinario suyo, para disponerlo mejor sobre su frente.

Una furtiva mirada al espejo la convence de que todo está en perfecta compostura.

Los perros no callan...

—No puede ser; no puede ser... ¡Pasa por todo, Agueda Pía!... Mamá Dolores debe descansar.

Y la mujercita se dice esto á sí misma, como para justificar la precipitación con que ha vuelto á cubrirse la cabeza con el chal azul, ha vuelto á prender la livianísima lazada debajo de su barba fina, un poco redonda, y ha vuelto á salir de su cuarto: esta vez, definitivamente.

IV

—¿Qué tienen esos perros?— ¡Oh, perdón!

—No; por favor, señorita, no me deje usted; le pido auxilio.

Agueda sonrío. Ella misma se asombra de aquella serenidad inexplicable, que la hace bruscamente dueña de la situación.

—¿Le dan miedo mis perros?

—Miedo no; pero soy incapaz de ha-

cerles daño y me tienen sitiado en el sendero hace ya rato.

—¿Va V. á «Las Termas»?...

—Quería ir; pero ya estaba renunciando.

Al ver salir á su dueña, los perros sumisos han venido á colocarse á su lado y roncan, de vez en vez, lanzando á Marco Fortis miradas amenazadoras y hocscas.

—Ahora, continúa el forastero, con una calma que contradice la expresión un poco artificial, de su léxico aprendido en libros, me apresuré á pasar.

Y sigue quieto.

Bien es verdad que ambos perros roncan, apenas intenta un movimiento.

Por decir algo, Agueda Pía, viendo en las manos de Marco Fortis una cajita parecida en todo á las que usan los pintores en el campo, le pregunta:

—¿Es V. pintor?... Suelen venir algunos á estos sitios.

—Soy arquitecto, señorita.

Y en seguida, inclinándose, con perfecta urbanidad:

—Marco Fortis, italiano, para servirla á usted.

El constructor esperaba que la mujercita manifestara una cierta sorpresa de hallarse hablando con Marco Fortis en persona. A Agueda Pía le satisface en su interior que aquella persona se

llame Marco Fortis, porque este nombre le es eufónico.

Ha cruzado los brazos á la altura de su talle nobilísimo y dice:

—También era italiano el arquitecto que empezó «Las Termas».

—Son una hermosa obra; aunque la mayor parte de su encanto está en el sitio y en las extrañas ruinas que hizo el tiempo de lo que nunca fué edificio.

—Justamente... También á mí me gustan por eso...

—Ya noté ayer que más que la obra le interesaba el sitio.

—¿Cómo pudo notar lo?

—No miró V. ni un momento las columnas: no apartó sus ojos del mar.

—Aunque lo tengo tan visto, no me cansa nunca.

—¿Va V. con frecuencia á «Las Termas»?

—Todos los días, á esta misma hora...

Lo había dicho Agueda Pía sin pensar.

Pero Marco Fortis, sinceramente cohibido, observó:

—Entonces yo... tal vez estorbo.

—¡Oh, de ninguna manera!...

Agueda Pía estaba encendida: truncó el diálogo...

—¿Va V. á tomar una nota de este sitio?

—Eso pensaba...

No era cierto. Sino que, en aquel momento y á decir verdad, Marco Fortis no sabía de una manera precisa á qué iba á «Las Termas».

Agueda Pía sonrió. Había vuelto á recobrar su calma.

—Le dejo á V., entonces.

Marco Fortis saludó.

La muchacha se dirigió á sus perros:

—¡Calma! ¿eh?... Al señor no se le la dra... ¿entendemos? ¡Ah!—Mamá Dolores duerme.—¡Basta, Yap!... Y además, el señor es un amigo...

Los perros callaron ..

Marco Fortis, admiraba, de pie en el sendero, la inefable blandura de aquel escorzo de mujer, que se había inclinado elegantemente para hablar á los perros.

Irguióse, después de acariciarles...

Como la abundante negrura de sus rebeldes ondas se le había desplomado, al inclinarse, sobre la frente, Agueda Pía tuvo que llevarse otra vez la mano blanca á la cabeza, para componerse el pelo. Fué un gesto oportuno, porque entonces sí que estaba encendida.

Sencillamente y con los ojos todavía cubiertos por su mano, dijo á Marco Fortis:

—Buenas tardes.

El arquitecto creyó que Agueda Pía iba á tenderle su mano y preparó la suya.

La mujercita, adivinando el movimiento, no quiso que tuviera Marco Fortis aquel gesto izquierdo y entonces, apresuradamente, le alargó la diestra.

Pero el Arquitecto, entre tanto, había corregido la intención y ella y él, los dos indecisos, los dos cohibidos, no pudieron evitar una sonrisa y un rubor, en la deliciosa, inelegante y simpática torpeza de su despedida...

Volvió á dirigirse Agueda Pía hacia la Casa Blanca.

Recuerda que hubiera querido volar en el momento aquel. Pero extremó la calma y majestad del paso, precisamente porque adivinaba que, á su espalda, ávidamente y acaso maliciosamente, las miradas del forastero la seguían.

V

Marco Fortis quedó un rato, fijo en su sitio, la cara vuelta hacia la lejana puertecita de la casa, cuya vacía obscuridad le parecía el último suspiro de una ilusión muerta, desde que en ella se sumió la blanca aparición de Agueda Pía.

Fausto volvía á cantar en el corazón de Marco y varias veces derramó por el ávido paisaje miradas circulantes, como si buscara á Mefistófeles.

—Los perros, aquellos perros gruñones que debían llevar el diablo en el cuerpo ¿por qué no venían ahora?

Nada. En la limpidez cristalina del aire, temblaba, á flor de tierra, dañando los ojos, la evaporación del humo.

Se oía el golpe acompasado de unos remos... En la curva de la bahía luminosa, más allá del Pico, una menuda barca, negra en la luz, atravesaba el agua serenísima, de un azul litúrgico.

Y en aquella calma fervorosa pensó Marco Fortis fervorosamente:

—Ella ha dicho á sus perros: «el señor es un *amigo*».

También era amigo de Mónica Pol-do... Al cabo ¿qué cosa más común que la amistad?

Pero á Marco Fortis, aquella palabra, dicha en aquel sitio, por aquellos labios un poco lascivos, en la honestidad del rostro, y de aquella manera tan humana, tan jugosa, tan vital y hasta tan sensual, hablando á unos perros, le había producido una sensación inexplicable, nueva, viva.

Esta amistad que los mismos perros entendían porque se habían callado, estaba hecha de cosas que, hasta ayer, no tuvieron valor para Marco Fortis: miradas, rubores, torpezas, simpatía física, caricia del mismo aire que lleva á un cuerpo los efluvios del otro, intimi-

dad de llenar al mismo tiempo un hueco en la luz, ausencia total de conocimiento, de reflexión, de relaciones ideales. A Marco Fortis se le antoja esta amistad la fuente de una nueva vida.

Está á punto de bendecirla como un don de la naturaleza; como la salud.

Porque nada ve en ella de que pueda recelar, como de su amistad con Mónica Poldo.

Orgullos, ambiciones, intereses, artificios, intelectualidad... ¡qué lejos está todo eso de la que ya, para calmar los gritos de unos perros, le ha llamado amigo!

Y camino andando, hacia «Las Termas», Marco Fortis, aprieta involuntariamente el paso en el ansia de llevar el compás de su marcha, pronunciando esta palabra de virtud desconocida:

—Amigo... amigo... amigo... ¡su amigo!



CAPÍTULO SÉPTIMO

I

LA cocina de la Casa Blanca, tiene para el orden y la comodidad mayor de su servicio, puerta al campo.

Esta puerta, un poco alta, se calza con dos limpios peldaños de pizarra. Hay, á un lado, un escaño alto, hecho también de pizarra y mano de obra. Y en la punta de este escaño largo, un grifo enorme de cobre, figurando una cabeza de delfín, se abre sobre un pilón ancho, de piedra.

En casi todas las casas del pueblo podréis ver el mismo escaño éste, junto á la puerta, con agua ó sin agua, que sirve para rajar, limpiar, cortar y esca Mondar el pescado, recién salido del agua.